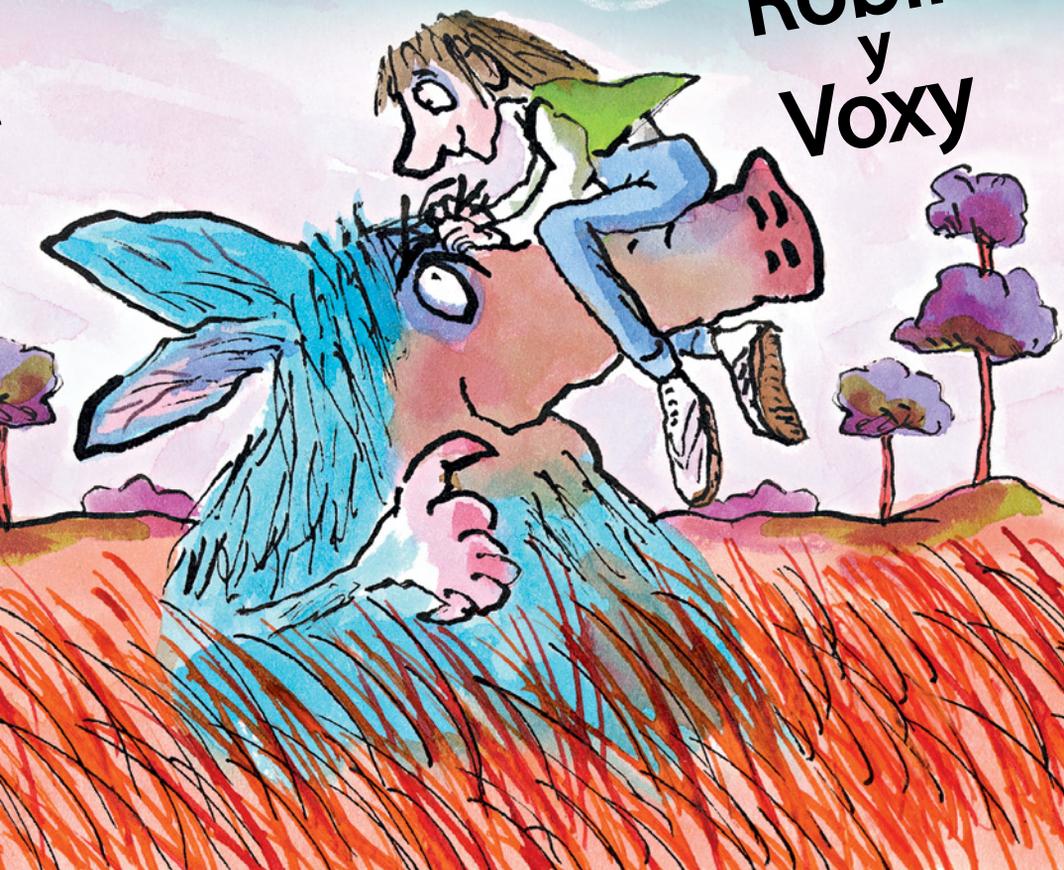


JONNY ZUCKER

TONY ROSS

# MONSTRUOS DE INTERCAMBIO

Robin  
y  
Voxy



Título original: *Monster Swap. Robbie and Voxy*

1.ª edición: marzo 2013

© Del texto: Jonny Zucker, 2011

© De las ilustraciones: Tony Ross, 2011

Publicado por primera vez en Gran Bretaña  
por Hodder Children's Books

© De la traducción: Blanca Jiménez Iglesias, 2013

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

ISBN: 978-84-678-4074-2

Depósito legal: M-7412-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua  
española*, publicada en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*

JONNY ZUCKER

TONY ROSS

# MONSTRUOS DE INTERCAMBIO

**Robin  
y  
Voxy**

Traducción de Blanca Jiménez Iglesias

**ANAYA**

# CONTENIDO



Robin y la Batalla  
de Piedras **11**

Voxy y el Campamento  
desafío **97**



**D**espués de miles de años ocultos de los humanos, los monstruos de la Tierra se han mostrado por fin. Han emergido de los pantanos más lóbregos y de los bosques más frondosos.

Al principio, los humanos temían a los monstruos. Ver por la ventana de la cocina cómo un ser bicéfalo de color morado se sorbe los mocos conseguiría, sin duda, que cualquiera levantara la vista de sus cereales.

Al principio, los monstruos también tenían miedo de los humanos. Ver cómo un niño pequeño colorado como un tomate reclama a gritos un helado lograría, claro está, que cualquier monstruo levantara la vista de su repollo agrio y sus hamburguesas de tierra.

Así que los monstruos formaron el Consejo de Monstruos para la Comprensión de los Humanos, y estos fundaron la Agencia de Humanos para la Comprensión de los Monstruos. Ambas instituciones estaban de acuerdo en que para dejar de temerse

mutuamente debían descubrir todo lo que pudieran acerca de sus respectivas formas de vida.

Así que organizaron una serie de visitas cruzadas. Dichos «intercambios» consistían en que un niño humano visitaría a un niño monstruo en el mundo de los monstruos, y este mismo se alojaría con el niño humano en nuestro mundo. Nadie tenía idea de qué iba a pasar...

**BIENVENIDOS  
AL MUNDO DE:**



**ROBIN  
Y LA  
BATALLA  
DE PIEDRAS**



## **Queridos Voxy y familia:**

Muchas gracias por acoger a Robin Percival, niño humano. Como saben, el viaje de Robin es parte de la serie de «intercambios» que tienen lugar entre niños monstruos y humanos.

Debo advertirles de que Robin se extrañará de algunas de sus costumbres zorbs; otras le parecerán asquerosas. Por favor, no se preocupen. Ustedes también pensarán que los hábitos de Robin son raros.

Por ejemplo, los humanos usan unas cosas llamadas «cuchillos» y «tenedores» para comer.

Pero ¿a quién le gustaría meterse un pedazo de metal en la boca para saborear un espumoso bol de deliciosa sopa de gusanos?

Además, llevan unas cosas estrafalarias llamadas «zapatos»



*en los pies. Todo el mundo sabe  
que ir descalzo es mucho  
más sano, incluso cuando  
se camina sobre brasas.*

*Y si los pies huelen a  
queso, ¿por qué no  
compartir el tufillo?*

*Por último, si el  
comportamiento de  
Robin les molesta,  
¿podrían hacerme  
el favor de no  
morderlo?*

*Mis mejores deseos  
para la estancia de Robin.*

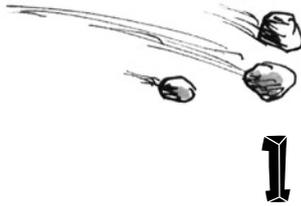


*Saludos cordiales,*

*Lady Bug Gazap*



**Consejo de Monstruos  
para la Comprensión de los Humanos**



—¡**A**GÁRRATE FUERTE! —exclamó el piloto mientras el avión descendía en picado.

—¿Dónde está la pista de aterrizaje? —gritó Robin Percival, al mirar por la ventana y ver una gran extensión de alta hierba roja y puntiaguda.

—¡NO HAY! —respondió el piloto—. ¡ERES EL PRIMER HUMANO QUE VIENE AQUÍ!

Robin no podía creérselo: estaba a punto de conocer a un AUTÉNTICO monstruo. Llevaba semanas nervioso, pero ¡ahora estaba aquí! Los pensamientos se le agolpaban en la cabeza.

«¿Qué aspecto tendrá Voxy? ¿Qué haré durante mi estancia? ¿Será peligroso? Y lo más importante: ¿qué comerán los zorbs?».

El avión tomó tierra y traqueteó sobre las hebras rojas a toda velocidad hasta que se detuvo con un crujido.

Robin apenas se había desabrochado el cinturón cuando la puerta de la cabina se abrió de golpe y un par de gigantescas orejas, finas como el papel, lo sacaron de la aeronave y lo depositaron suavemente en el suelo. El niño alzó la vista asombrado hacia el dueño de las orejas.

Eran de un monstruo de unos tres metros de alto y un metro de ancho. Tenía el cuerpo cubierto por un pelaje azul claro, brillantes ojos azul marino, unas cejas muy pobladas salpicadas de pelillos como alambres y un hocico con cuatro orificios. Los delgados brazos terminaban en garras de siete dedos, sus descomunales pies palmeados estaban hinchados y su larga cola era plana como una delgada plancha de madera.

Robin se estremeció de miedo y emoción.

—¡Me llamo Voxy! —saludó el monstruo con una mueca, agarró la mochila de Robin con la oreja izquierda y se la colgó de la oreja derecha—. ¡Tú debes de ser Robin! ¡Nos lo pasaremos de maravilla juntos! Mi padre está preparando la cena, ¡así que no debemos llegar tarde! ¡VAMOS!

Dicho esto se giró y echó a correr. Robin se precipitó tras él. La hierba roja le llegaba a los hombros y le hacía cosquillas en los brazos. Al alcanzar el extremo del prado tomaron un serpenteante camino

ascendente repleto de baches. Pasaron por delante de colosales árboles de color púrpura y cruzaron un pantano verde y oscuro que olía a huevos revueltos pasados de cocción. El agua, burbujeante y espumosa, cubría a Robin hasta las rodillas; al ver varios pares de ojos apretó el paso. A lo lejos vislumbraba dos grandiosas cataratas fucsias y blancas y una fila de arbustos que parecía una línea de globos naranjas salpicados de lunares negros.

Robin corría sin dejar de contemplar las asombrosas vistas que se desplegaban a su alrededor.

Acababan de empezar a subir un zigzagueante camino amarillo cuando Voxy exclamó:

—¡CUIDADO! ¡EXCREMENTOS DE PÁJAROS PELGO!

Robin miró al cielo y vio sobre su cabeza a un pájaro bicéfalo de color verde oscuro y larga cola. De la parte trasera cayó un gran paquete verde lima.

Robin logró apartarse de un brinco justo antes de que elapestoso envío se estrellara contra el suelo.

—¡Bien hecho! —rio Voxy.

Cuando llegaron a lo más alto del camino amarillo se toparon con una gigantesca zona de barro seco cuyo extremo daba a un profundo valle. Alrededor de la zona se erigían unas cuantas cabañas redondas



separadas entre sí por unos nueve metros. Estaban hechas de barro verdimarrón y se alzaban al menos cuatro metros. Hojas de un tono castaño oscuro formaban los tejados de las cabañas. De algunas salían penachos de humo púrpura.

—¡Aquí vivimos nosotros! —gritó Voxy, y cruzó el arco de entrada que conducía al interior de una de las viviendas.

Robin lo siguió; sus ojos tardaron unos segundos en habituarse a la tenue luz. El interior estaba provisto únicamente de dos agujeros en el suelo (uno grande y otro enorme) y una pequeña hoguera en la que ardía leña púrpura. Las llamas emanaban un olor a tarta de manzana quemada y vinagre. Un zorb descomunal, cuyas cejas eran especialmente frondosas, sostenía un caldero negro sobre el fuego con el hocico.

—¡Eh, papá! —saludó Voxy.

—¡Hola, Voxy! —respondió el gran zorb con una mueca, y se giró—. ¡TÚ DEBES DE SER Robin! —asintió ante el pequeño visitante humano—. ¡Nos alegra tenerte con nosotros! ¡La cena está lista!

—¡ES UN PLACER CONOCERTE! —sonrió un zorb algo más pequeño, cuyo pelo estaba recogido en ramitas cubiertas de barro a modo de rulos—. Soy la madre de Voxy.

—Hola, señor y señora.... —empezó Robin.

—Puedes llamarnos Fru Fru y Weggy —contestó la madre—. ¡Venga, a cenar!

El padre de Voxy llevó el caldero, en el hocico, hasta el centro de la cabaña y vertió una gigantesca pila de discos con lunares verdes y marrones en el suelo. Voxy y sus padres se tumbaron de lado y comenzaron a engullir los discos ayudándose de las orejas.

—¡Repollo agrio y hamburguesas de tierra: mi comida preferida!

—exclamó Voxy relamiéndose el hocico.

Robin tragó saliva, nervioso.

—¡Vamos, túmbate! —lo animó el padre.

Robin se tendió de lado.

—Comemos con las garras —explicó la madre de Voxy—. No tenemos ninguna pieza de «cubierta» de las que usan los humanos, así que siéntete libre de emplear las manos.

—Gracias —dijo Robin, y partió un pedacito de uno de los discos. Se lo metió en la boca esperando que fuera repugnante pero, para su sorpresa, resultó sabroso: sabía a queso con pan.

—¡Come, come! —ordenó Voxy, sin dejar de masticar como un loco y escupiendo trozos de hamburguesa en todas direcciones—. ¡Necesitamos fuerzas para mañana!



—Supongo que te refieres a la batalla —dijo su padre.

Voxy asintió.

—Mañana es día de entrenamiento, Robin. ¡Después empieza la Batalla de Piedras!

—¿La Batalla de Piedras? —se interesó Robin masticando un pedazo de hamburguesa.

—Todos los años luchamos contra los grobbles, el clan de monstruos que vive al otro lado del valle —aclaró Voxy—. Cada clan escoge a cien guerreros: se pasan dos días enteros lanzándose piedras en la parte más baja del valle. ¡Es genial! ¡El clan que más guerreros tenga en pie al final del segundo día se queda con el valle para todo el año!

Voxy simuló el lanzamiento de piedras contra los grobbles.

—¿Por qué se celebra la batalla? —preguntó Robin.

—Es una tradición —contestó la madre de Voxy—. Ha sido así *siempre*. En ambos bandos hay muchos monstruos que ya no quieren luchar, pero nadie sabe cómo detenerlo. Además, nuestro guerrero jefe, el capitán Prush, insiste en que continuemos.

—Igual que el guerrero jefe de los grobbles, el capitán Mulch —añadió el padre de Voxy.

—Lo siento —se disculpó Robin confundido—. ¿Organizáis una gran batalla y no tenéis ni idea de *por qué?*

—¿A quién le importa? —interrumpió Voxy—. ¡Es el primer año que tengo edad suficiente para ser guerrero! Y lo bueno es que... como eres mi invitado, ¡TÚ también lo serás!

—Yo... un... g... gue... ¿guerrero? —tartamudeó Robin.

—Si no quieres, no tienes que luchar —dijo amablemente la madre de Voxy.

—Yo... mmm... creo que...

—¡PERFECTO! —gritó Voxy—. ¡Sabía que lo harías!

Robin tragó con dificultad. «Suponía que aquí las cosas serían diferentes, ¿pero una batalla de piedras contra un ejército de grobbles? Eso es muy, muy, MUY diferente».

El padre de Voxy alzó la vista y miró la luna a través del toldo de hojas.

—Es tarde, chicos —dijo, y se metió la última hamburguesa en la boca—. Será mejor que os vayáis a dormir.

Voxy aspiró todas las migas del suelo con el hocico, rodó hasta colocarse boca abajo y empleó la cola para excavar un tercer agujero en la tierra. Se abrió paso con rapidez.

—Esta —declaró al terminar—, ¡es tu propia cama de barro!

Tomó una de las hojas del techo y se la lanzó a Robin.

—Tu manta: ¡para que duermas como un bebé!

Robin contempló el agujero. «¿Como un bebé? ¡Me parece que no!».

La madre y el padre de Voxy se acurrucaron en una cama extragrande, Voxy se tumbó en la suya y Robin los imitó vacilante. Enrolló su chaqueta para utilizarla de almohada y se tapó con la hoja. Se retorció y dio vueltas hasta encontrar una posición más o menos cómoda. Tardó en coger el sueño, por un lado, porque Voxy y sus padres se habían quedado dormidos de inmediato y sus ronquidos parecían truenos y, por otro, porque tenía la cabeza a mil por hora.

«La primera vez que vi a Voxy sentí miedo. Al fin y al cabo ¡es descomunal! Pero parece muy amable, así que supongo que seremos buenos amigos. ¡El asentamiento de los zorbs mola excepto por los excrementos de los pájaros pelgo! Pero la Batalla de Piedras... esa es otra cuestión. ¡Un guerrero! Soy pequeñísimo comparado con todos estos monstruos. ¿Tengo *alguna posibilidad* de salir vivo?».